

dar eternamente privada de la presencia de Dios?

—No había pensado en ello,— contestó Silvia.— Tan sólo recordaba que no podía soportar la vergüenza de mi vida.

Ella permaneció silenciosa unos momentos, y el rector observaba atentamente su expresión. De pronto, ella le miró.

—¿Puede usted decirme por qué ha ocurrido esto?—preguntó.— Yo he sido siempre una buena muchacha; no recuerdo haber pecado voluntariamente; siempre he estado orgullosa de mi reputación. La he creído la gloriosa corona de mi vida, la corona de mi sexo, la perla superior á todo precio; jamás he sido coqueta; jamás he proferido una palabra ligera; jamás he dirigido una mirada libre; he sido modesta como estas margaritas que crecen aquí junto á las tumbas. Si alguien me hubiese tentado ofreciéndame el mundo entero por precio de mi honor y reputación, le hubiese rechazado con desprecio. Y bien: ¿puede usted decirme por qué ha ocurrido esto? ¿por qué mi vida será, de hoy más, una larga vergüenza?

Hablaba con tal precipitación que el rector apenas podía seguir sus palabras.

—Usted olvida,— dijo él gentilmente,— que yo no sé lo que ha ocurrido. ¿Quiere usted decirme lo?

Un encendido rubor coloreó el desesperado semblante.

—¡No puedo... no puedo!— exclamó.— Mi propia historia me mancharía los labios.

Mr. Douglas la miró, no sabiendo qué hacer. Las campanas sonaban más lentamente; el sol se iba poniendo; los pájaros recogían sus alas; las flores cerraban sus coloras; las sombras se iban extendiendo.

¿Qué hacer con aquella infeliz criatura, que permanecía con el rostro oculto en el césped, no llorando, no desmayada, sino fría y silenciosa en su desesperación? No podía dejarla allí. Inclínese sobre ella.

—¿Tiene usted padre ó madre?—preguntó. Y ella contestó que su padre había muerto hacía muchos años, pero que su madre vivía aún... pero muy lejos, muy lejos.

—¿Dónde?—preguntó el rector pacientemente.

—En Kent... entre huertas y montañas.

—¿Quiere usted ir con ella ó que yo la envíe á buscar!

—No,— exclamó Silvia;— jamás volveré á mirar el rostro de mi madre. ¡Oh, señor!... ¡si quisiera usted dejarme... dejarme que muriese! ¡Realmente no puedo soportar la vida.

—¿No tiene usted costumbre de reconocer alguna autoridad en los ministros de Dios?—preguntó el rector gravemente.

—Sí,— contestó ella, percibiéndose en su rostro una expresión de cansancio y vaguedad.

—Entonces, por virtud de esa autoridad,— dijo,— la mando á usted me cuente su historia.

—Yo tenía diez y siete años,— comenzó ella, —y maldita... créame usted... maldita con un lindo rostro, cuando un extranjero llegó á nuestro pueblo y se enamoró de mí. Era hermoso ó inteligente... ¡ay de mí!... no he encontrado otro como él. Dijo que quería casarse conmigo,

y mi madre dió su consentimiento. Yo le amaba; ¿cómo pintarle á usted cómo le amaba?... lo creería usted pecado. Era la verdadera luz de mis ojos, el pulso de mi corazón. He dicho que había hecho yo error; he olvidado. Mi madre quería que nos casásemos en la parroquia del pueblo, pero él se oponía; me dijo que esperaba dinero de un pariente, el cual no le favorecería si lo encontraba casado. Me preguntó si quería que mantuviésemos el casamiento secreto algún tiempo, y yo consentí. Pidióme, que en lugar de casarnos en el pueblo, nos encaminásemos á Escocia; de quedarnos en Kent había peligro para él.

Yo era inocente de todo pecado, de toda culpa, de todo mal; pero cometí el mayor error de mi vida cuando consentí. Me suplicó ardientemente que no dijese nada á mi madre, por temor á que se opusiera, no conociendo, como yo, la necesidad del secreto. Debía yo de estar ciega... y era además muy joven. Abandoné mi casa con él, dejando una carta para mi madre explicándole todo; y pobre, ignorante de mí, me arrojé en brazos de mi suerte.

Se detuvo unos momentos; las palabras acudían á sus labios con tal precipitación que á veces no era posible entenderla.

—Llegamos á Escocia, señor, y nos casamos... yo creía que real, verdaderamente casados. Si yo no lo hubiese creído, por más que le amaba entrañablemente, hubiera preferido mil muertes á obrar como obré. He vivido cerca de dos años en un torbellino... en un ensueño de felicidad. Con frecuencia pensaba que el cielo no podía ser más brillante, más hermoso, más dulce que la tierra; y cuando nació mi hijo, mi corazón se transportó con arrebató de gratitud á Dios.

Señor, escucheme usted. Yo había sido educada cristianamente... Me enseñaron á amar á Dios, á estimar mi alma, á estimar mi reputación sobre todos los dones. Amaba á aquel hombre que hizo en mí la pasión más profunda; pero me creía su legítima esposa. Y ahora, dígame usted por qué he sido tan cruelmente castigada. Hoy me ha escrito una carta diciéndome que yo no era su esposa... que me había engañado intencionalmente... que yo no conocía su nombre, su rango ni nada suyo; que me abandonaba para siempre; que me dejaba para casarse con una mujer de su clase; que me había señalado una pensión... ¿Como si el dinero pudiese pagarme! ¡Oh Dios mío!— exclamó la desgraciada joven.— ¿Por qué no me ha dejado usted morir? ¿Cómo podré sufrir esto?

La bondadosa faz del sacerdote se puso muy pálida al escuchar la historia; levantó su mano como si quisiera protestar contra la egoísta crueldad, el crimen de los hombres.

—¿Cuánto tiempo, oh Señor!—suspiró como admirado de que Dios tuviese tanta paciencia con sus criaturas.

Después colocó la mano sobre la abatida cabeza.

—¿Es muy duro, cruelmente duro, terriblemente duro para usted, pobre hija mía,— dijo,— pero sería más duro para él, el día en que haya de responder de sus pecados! Así pues, jamás concibió usted la menor sospecha de que su casamiento fuese falso?

—Ni se me ocurrió soñar semejante cosa... ¿Cómo podía? Mejor hubiese dado del cielo que de él.

Era su primera experiencia de la maldad del mundo; pero no ocurría lo mismo al rector. Había conocido hombres desalmados y mujeres abandonadas; sin embargo, jamás había contemplado pesar tan intenso como aquél.

—No debe usted añadir su condenación á este pecado,— dijo gravemente.— Si atenta usted contra su vida, su condenación es segura.

—Pero ¿cómo puedo yo vivir?— exclamó ella apasionadamente.

Empezó á arrancar ramos de césped y á dispersarlo. Parecía tan descompuesta que el rector temo que perdiese la razón.

—Otras han tenido que soportar lo mismo. Otras se han visto abandonadas en el mundo. Es preciso que lo sufra usted como mejor pueda. Usted da un giro exagerado á su causa. Aun suponiendo que todo lo que él ha dicho es cierto, usted ha sido engañada. No veo que sea usted culpable de ningún pecado; y si tiene usted limpia la conciencia y es usted inocente ante Dios, es preciso, hija mía, que lleve usted su paso valerosamente entre los hombres. Lo que le ha ocurrido á usted es un infortunio, no una falta. Permítame que la pinte mejores perspectivas de la vida. Aun puede presentarse ante usted una vida larga y más feliz, aunque hoy se encuentre arrojada en mitad del mundo.

CAPITULO V

—Escúcheme usted,— repitió Mr. Douglas.— Deje usted que la dé más noble y elevada idea de la vida.

Ella le miró con desesperados ojos.

—No es necesario,— dijo gentilmente;— lo sé. He recibido una educación cristiana; me han enseñado, como pudiera usted hacerlo con una hija suya. Usted no comprende. Aun suponiendo que yo, como usted dice, sea inocente y á los ojos de los hombres aparezca como víctima, no como culpable; aun suponiendo que no pese sobre mí una gran vergüenza, ¿cómo voy á vivir yo con el corazón destrozado?

Durante un momento el rector permaneció silencioso; pero una luz, hermosa de ver, brilló en su semblante.

—Dígame usted,— repitió la joven;— ¿cómo voy á vivir yo con el corazón destrozado?

—No podía usted hacer esa pregunta á uno pudiese responderla mejor que yo,— contestó Mr. Douglas.— Mire usted: ¿ve usted aquella blanca cruz de mármol que luce allá entre los árboles?

Silvia siguió la dirección indicada. Entre los árboles distinguió el objeto.

—La veo,— dijo.

—Mi corazón fué destrozado,— dijo Mr. Douglas— hace treinta años, y enterrado allí con mi joven esposa. Sin embargo, he vivido, y he cumplido mi deber, finalmente, á pesar de todo.

Sus ojos, más que sus labios, le preguntaron cómo era.

—La estuve amando durante seis años,— dijo el rector gentilmente,— pero no podíamos casarnos porque éramos pobres. Cuando me dieron esta rectoría, con su casa y sus preciosos alrededores, la hice más hermosa aún, y un día de verano entré en ella con la que ya era mi esposa.

—¡Ah, hija mía! Muchos mortales estamos llamados á beber nuestro cáliz con la espuma, á saborear el dolor, y á apurar las heces de la desesperación. Durante un año entero viví con mi mujer tan felizmente que todo cuanto había concebido del Jardín del Paraíso, me parecía como un sueño, en comparación. Era tan intenso, tan portentosamente feliz, que solía ver de extender á los demás aquel puro gozo que me enajenaba.

Por un año... un corto, breve año en tantos de vida. Esperábamos que nuestro matrimonio tendría fruto de bendición, y la dulce faz de mi esposa se volvía cada vez dulce y brillante ante la esperanza de aquella nueva felicidad.

¿Qué cree usted que ocurrió?... ¡Ay de mí! Con frecuencia, en el primer loco arrebató de mi angustia, levantaba los ojos al cielo para demandar la razón. ¿Por qué me la había arrebatado? ¿Por qué no perdonar aquella dulce y amante vida? Ambos murieron... madre é hijo juntos. Murió mi esposa tras dolorosa agonía, sin decir una palabra, ni aun á mí, á quien amaba tanto.

Yo no ví los ojos de mi hijo ni oí el sonido de su voz. Me puse loco, corriendo, de aposento en aposento, haciendo la pregunta que nadie contestaba. ¿Por qué había muerto? Tan seguro como el sol que brilla sobre nuestras cabezas, mi corazón quedó destrozado en aquel entonces; no hay palabras que puedan expresar mi pena. Mi corazón fué enterrado con mi mujer, y, sin embargo, he vivido treinta largos años, y jamás he puesto en discusión la voluntad de Dios. Inclino mi cabeza con la más profunda sumisión, y usted, hija mía, usted... joven y hermosa, puede vivir con el corazón destrozado si hace usted lo mismo.

Entonces, por la primera vez, Silvia estalló en un torrente de lágrimas.

—Era la mitad de mi vida,— gimió;— no, mi vida entera. No he tenido pensamiento fuera de mi amor. Me dormía con su nombre en los labios; mi último pensamiento era suyo; despertaba bendiciendo el día, porque iba á verle. El mundo es todo oscuridad, todo hielo, todo desolación. ¡Sin mi amor no sé cómo vivir! Su presencia era mi luz, mi sol, mi alegría. Su amor hacía mi calor mi felicidad. ¡Van á pasar los días estivales sin traermelo jamás! ¡Van las plantas á florecer, el sol á brillar, las hojas á retoñar, año tras año, sin que él vuelva jamás! ¡No puedo soportarlo! ¡No sé cómo vivir!

Habia algo tan profundamente desesperado en su dolor, que al anciano se le llenaron de lágrimas los ojos.

—No sé cómo será un amor semejante al mío,— exclamó.— ¿Sabe usted... sabe usted que si se presentara en este momento delante de mí, me abrazaría á sus rodillas y se lo perdonaría todo?

—Creo que no lo haría usted; la ha hecho á usted víctima de una traición. Por lo que á él respecta, ha desgraciado su amor. Recuerde usted que, mientras usted le ofrecía un puro y noble

amor, él sólo la daba una pasión egoísta, indigna del nombre de amor. Trate usted de olvidarle.

Silvia dirigióle una mirada que le impresionó.

—¡Olvidarle!—exclamó.— Sí, cuando los pájaros olviden el cantar, las plantas florecer; cuando el sol olvide alumbrar, y la tierra olvide su luz; cuando yacza en mi tumba, fría é inerte, ni aun entonces le olvidaré. Si él pasara junto á mi tumba y pronunciase mi nombre, aun cuando estuviese allí muerta hacia veinte años, le oiría. ¡Olvidarle! Mi pulso cesará de latir, mi corazón de palpar, pero yo le recordaré.

Su rostro estaba encendido; sus ojos lanzaban destellos.

Algún día estaré ante el augusto tribunal de Dios,—continuó Silvia,— dando cuenta de mi pobre y arruinada vida... ni aun entonces le olvidaré.

—“La venganza es mía,” ha dicho el Señor. Usted no puede olvidarle, hija mía... pero puede usted perdonarle.

—¡Perdonarle!—repitió ella.— Sí, cuando cese de recordar cómo le amaba, cómo me venció; cómo estrechaba mis manos; cómo besaba mis labios y me llamaba su esposa... su dulce y amante esposa; cómo me hizo amarle hasta que mi alma fué á formar parte de la suya, y mi corazón fué suyo; cuando cese de recordar todo esto, le perdonaré.

Reinó entre ellos un corto silencio. El vespertino canto de las aves iba disminuyendo; las hojas se movían lánguidamente en los árboles, las flores ondulaban sobre el espeso césped; las sombras se hacían más oscuras; el sol desaparecía.

El sacerdote aproximó su rostro al de la joven.

—El primer ímpetu del pesar,—dijo,—la domina á usted ahora; sé que es duro de soportar. ¿Quiere usted prometerme una cosa? Usted ha sido una buena muchacha, y ha rezado oraciones sobre las rodillas de su madre; usted se ha dormido en sus brazos; ¿quiere usted prometerme, por el amor de su madre y de su hijo... por su amor y respeto al Gran Dios, no volver á atentar á su vida? Oiga usted, hija mía, esas dulces campanas, contemple el cielo azul, reanímese un poco y deme su promesa.

La joven volvió hacia él sus ojos.

—No sé, cómo podré soportar mi vida. No sé cómo podré vivir sin él. La mayor merced... el mayor bien que cualquiera podía hacerme, sería matarme aquí donde estoy; pero lo que me pide usted en nombre de Dios no quiero rehusárselo. Le prometo á usted que, suceda lo que quiera, no atentaré contra mi vida.

—Y yo doy gracias al cielo, dijo el anciano.

—Y ahora, hija mía, dígame usted y obedézcame; váyase usted á casa y no se aparte con desfallecimiento de su hijo; busque usted consuelo en él; ámelo doblemente, porque el que debía amarle es su peor enemigo. ¿Dice usted sinceramente que está resuelta á no tocar el dinero que ese hombre ha depositado para usted?

—Primero morir de hambre con mi hijo,—contestó ella.

—Creo que obra usted perfectamente. Así,

pues, necesitará usted hacer algo para ganarse la vida.

—Si, trabajaré jamás me ha inspirado vergüenza el honrado trabajo.

—¿Querrá usted quizás salir de la comarca y buscarse trabajo en alguna ciudad?

—En cualquier parte,—replicó la joven con fatiga.

—Recuerde usted que, mientras yo viva, siempre seré su amigo. Dios me ha enviado aquí para impedir que cometiera un crimen; me creo obligado á ayudarla á usted en todo lo que pueda. Váyase usted á casa ahora y mañana yo pasaré á verla; arreglaremos algún plan para que pueda usted vivir lo más felizmente posible. No se diga usted jamás que está sola y sin amigos, porque, mientras yo viva, lo repito, tendrá en mí un verdadero amigo.

Ayúdola á ponerse en pie; mantuvo su mano entre las suyas.

—¡Animo, pobre hija mía!—dijo.—La vida es una batalla y los victoriosos lucirán una corona de oro. Yo me retiro á mi casa,—continuó,— y oraré por usted. Usted váyase á la suya y aprenda la lección más grande de la vida... Conformación.

Ella inclinó la cabeza y besó la bondadosa mano.

—Le debo á usted mucha gratitud,—dijo.

Y después, con débil é inseguro paso, salió del cementerio donde por poco deja la vida.

CAPITULO

Caminó á través de las primeras sombras hacia la casa que fuera un paraíso no hace mucho, pero que jamás volvería á ser su hogar, andando lentamente. Sus labios temblaban; grandes olas de angustia parecían levantarse, inundarla, y retroceder después. Allí estaba el lindo jardín, con sus dormidas flores, las sombras creciendo cada vez más, extinguiéndose el último tinte rojizo por occidente. En una de las ventanas brillaba débilmente una luz.

La noche anterior, tan sólo la noche anterior, á aquella misma hora, había estado paseando con él; habían contemplado la puesta del sol; su brazo la rodeaba el talle, sus amantes palabras producían una dulce música en los oídos, sus labios la habían prodigado cien besos, sus manos habían acariciado la domada cabellera; la más feliz de las criaturas vivientes, al calor y la luz de su amor.

Ahora le era preciso volver á la casa que él no vería ya más; en los aposentos donde el sol de su presencia no brillaría más; ocultar el conocimiento de que había sido engañada, traicionada; que él se había burlado de ella en tanto que ella le amaba; que se había reído de ella mientras la besaba; que su amor, su fidelidad, era todo una gran mentira. La había hecho sencillamente la víctima de un pasajero capricho, y ella le había dado su vida entera.

—¡Habrás,—se dijo,—al detenerse junto á la verja,—habrás alguna verdad en los hombres? ¿Serán todos iguales... todos traidores, egoís-

tas y falsos? Este anciano que me ha salvado la vida, ¿habrá destrozado el corazón de alguna mujer ó ennegrecido su vida? ¿Volveré yo á creer otra vez en la fe, la verdad y la honradez?

Entró en la casita que había sido tan cuidadosamente arreglada para ella; la vista de aquellos objetos familiares, la silla donde él se sentaba, los mil pequeños tesoros domésticos, hicieron desfallecer de pena su corazón. Encaminóse á su habitación, en cuyo pavimento se veían todavía los restos de las joyas, y de nuevo una ardiente cólera se apoderó de su sér.

—¿Quiso acaso comprar mi alma con semejantes fruslerías?—pensó amargamente.

Entonces le acometió una súbita sensación de desfallecimiento. Se estaba haciendo tarde y no había comido ni bebido desde la mañana. Las fuerzas parecían abandonarla. Se dejó caer medio desvanecida en una silla en el preciso momento en que Ana, con la curiosidad pintada en el rostro, entraba.

La joven miró á su señora, y cierto instinto la dijo, si no la verdad, algo muy aproximado.

—¿Se ha marchado el señor?—preguntó, pero sin obtener respuesta.

—Parece usted enferma,—continuó Ana;— ¿puedo hacer algo por usted... preparar algo?

—Nada, fué la breve réplica.

—Pero no ha comido usted... tiene usted la ropa húmeda. Permítame usted, al menos, que le traiga un poco de café.

—No puedo comer ni beber,—dijo la débil voz.—El gran favor que puede usted hacerme es dejarme sola.

La doméstica retiróse, y Silvia, mirando en torno suyo, musitó:

—No quiero tocar bebida ni alimentos adquiridos con su dinero... ¡No, ni aun para salvar mi vida!

Ana fuése en busca de la muchacha, que estaba en su cuarto con el niño.

—¿Sabe usted lo que ocurre abajo, Juanita?—la preguntó.

—No, no sé que ocurra nada... ¿qué es?

—¡Acíertelo usted. El señor tenía que volver á casa para comer, y todavía no ha venido; la señora no ha tenido paciencia... no sé dónde se ha metido; trae la ropa húmeda y parece un espectro. El suelo del cuarto está sembrado de fragmentos de joyas. Creo, Juanita, que aquí pasa algo muy grave.

—¿Habrán reñido?—preguntó la muchacha.— Los matrimonios suelen andar á la greña á lo mejor.

—No; porque cuando se marchó, le vi que la besaba, y oí que decía: “No tardaré mucho, querida mía...” Esto no huele á riña, ¿eh?

—Quizás la haya dejado; nadie sabe quién es quién, ni qué es qué en este mundo; quizás, después de todo, no sean casados,—sugirió Juanita con mucha calma.

—¡Y tan casados como son! Esto puedo jurarlo yo, tan seguro como me llaman Ana Royden. Yo sé...

Pero sus palabras quedaron bruscamente interrumpidas.

El pálido semblante de Silvia apareció en la puerta. Adelantó y tomó al niño en brazos.

—No necesitaré nada más,—dijo.— Déjeme usted al niño, y luego que cenén, pueden irse á descansar.

Hubieran querido oponerse; pero había algo en el pálido semblante que imponía obediencia. Las dos mujeres hubieran querido permanecer con ella, haberle dado el pobre consuelo que estaba en su poder, haberla servido; pero la quietud dignidad de su pesar las sobrecogió. Salieron sin decir una palabra. Pero Ana, que era muy afectuosa á su joven señora, no podía descansar y volvió de nuevo á la habitación, encontrando á Mrs. Rymer sentada con el niño en brazos, pareciendo la verdadera imagen de la desolación y la pena.

—Mrs. Rymer, déjeme que haga algo por usted,—exclamó la muchacha con tono suplicante.

—Déle usted el niño á Juanita otra vez; iré á buscarle ropa enjuta y algún fiambre... la ruego que me deje hacer algo.

—No necesito nada. Lo único que deseo es descansar.

—¡Descansar!—pensó la sirvienta.— ¡Con esos ardientes ojos y ese rostro desesperado! Estoy segura de que no hay descanso para ella.

Pero como sus observaciones fuesen desoídas, se retiró.

Una mujer menos virtuosa hubiese sido menos altiva. Una mujer cuya conciencia hubiese sido menos clara, menos leal y delicada, hubiera sufrido menos. Muchas mujeres se hubiesen dicho que estaban inocentes de toda culpa y hubiesen tomado lo que les quedaba. Muchas mujeres, aun buenas, hubiesen procurado por su bienestar, hubiesen conservado la linda casita, y hubiesen vivido de la pensión; pero no Silvia. ¡Su fe en él había sido tan perfecta! Háblale parecido que ellos no tenían nada más que un alma, una vida, un corazón; un interés entre ellos; todo quedaba alterado. Si no era su esposa legítima, no tenía derecho á su dinero; en cuanto á tomar la recompensa del pecado, el precio de su honor, hubiese preferido morir mil veces á hacerlo; así permanecía inmóvil y silenciosa en su desolación, esperando á que todo quedase en quietud; si el pequeño lloraba ó gemía, le acallaba en voz baja, y permaneciendo allí, débil, desolada y abandonada, parecía que todo el mundo yacía inmóvil.

Quietud por último; las voces de las criadas habían cesado. Oyó que cerraban la puerta de su habitación; levantóse, y dejó al niño en su cama. Fuése al armario y sacó la ropa que había sacado de su casa cuando salió de ella; despojóse de todo cuanto él le había comprado. En el bolsillo de su falda encontró todavía el pequeño portamonedas que puso en él, y que contenía unas pocas libras esterlinas, los ahorros de su adolescencia, cuando el pesar estaba tan lejos de ella como el cielo de la tierra. Púsose aquellas ropas, y luego echó en derredor la última mirada por el pequeño aposento donde había sido tan feliz. Sacó las candentes lágrimas, ahogó los violentos sollozos, se sobrepuso á la terrible pena que la hubiese asesinado á dejarse llevar de ella.

—¡Adiós!—dijo quietamente.— Aquí, donde he sido tan feliz... aquí, donde noche y día me he arrodillado para recitar mis oraciones, y siem-

pre he orado por él... aquí formulo mi protesta contra la ruina que él me ha infligido... aquí yo elevo mi protesta contra mi perdido honor, mi obscurecida vida, mi quebrantado corazón! Sirva esta protesta contra él, el día en que pida misericordia y no la encuentre.

Tomó al niño en sus brazos; la criatura se resolvió con un plañidero gemido y ella puso sus temblorosos labios sobre su faz.

—No llores, adorado mío—murmuró.—Tú y yo estaremos juntos ante el mundo entero... No contamos más que con nuestro recíproco amor.

Envolvió al pequeño en un tupido mantón, y, estrechándolo entre sus brazos, comenzó á descender las escaleras. Una muda, apasionada ojeada á los lindos aposentos; una mirada de despedida al hogar de un día; después abrió la puerta y salió de la casa. Atravesó vivamente el jardín, y, cuando llegó al camino real, permaneció unos momentos mirando hacia allí.

—Adiós, mi hogar!—dijo.—Adiós, amor mío, por siempre jamás!

Entonces, con una pasión de lágrimas, estrechó con más fuerza al pequeño, y levantó sus ojos al cielo azul.

—Dios nos bendiga, ángel mío!—exclamó.—Quedamos solos á través del mundo.

CAPITULO VII

Una de las más grandes y más hermosas mansiones que existen en Hyde Park es la llamada Stanfield, residencia en la urbe de lord Voyse y su familia. Todo el mundo conoce á Stanfield House por la magnificencia de su arquitectura, el esplendor de su interior, la hermosa perspectiva que se divisa desde sus ventanas, las que dan al parque.

Una brillante mañana de Mayo, una joven estaba junto á una de las abiertas ventanas, mirando tímidamente, de vez en cuando, hacia las verjas de la entrada principal. Una joven, de bello rostro, con el delicado matiz de las rosas silvestres en sus mejillas; una noble y graciosa cabeza, altivamente sentada en un cuello de sin par blancura; una cabeza que, por su estatuaría belleza y perfección, pudiera haber lucido la diadema de una emperatriz. De la cabeza á los pies era una patricia. Tenía un rostro sereno, hechicero y distinguido; refinado, elocente, como si el alma se transparentase en él; una figura de perfecta simetría, llena de curvas y líneas que hubiesen encantado á un escultor; blancas, delgadas manos, con un ténue rosa en las puntas de los dedos; breves pies que hubiesen podido calzar los zapatitos de la Cenicienta. Si la hubieseis visto en los desiertos africanos, hubierais dicho al momento lo que era: una inglesa distinguida, aristocrática. Dizfrázarsela como quisiera, no podía ser tomada por otra cosa.

La gente dice que estas cosas todo son tonturías; que en los lugares de Inglaterra se encuentran más grandes hermosuras que en las clases elevadas. Quizás sea así; pero faltas de distin-

ción y refinamiento. En las inglesas de elevada cuna, la belleza se hereda cultivada, mejorada á cada generación. La diferencia es la misma que entre una rosa que nace silvestre en los setos—combatida por los vientos y bañada por el rocío—y la rosa cultivada, sobre cuyo color, forma y mejoramiento ha puesto el jardinero todo su conato.

Lady Clotilde Voyse era como una rosa cultivada. Los Voyse eran una de las familias más antiguas de Inglaterra. Su belleza de rostro y forma, su elevado espíritu, su noble alma, su brillante inteligencia, le venían de generaciones de héroes. Lady Clotilde era el único vástago del actual lord Voyse, y no se hubiera tenido mayor cuidado con ella á ser la heredera de la corona de un gran reino.

Desde su más tierna infancia, el amor la había protegido hasta del menor mal. Conocía tan sólo un lado de la vida: el lado color de rosa. Conocía tan sólo una frase de la humanidad: la mejor y más noble.

Tan confusamente como se daba cuenta de que muy lejos del brillante y hermoso mundo en que vivía existían hordas de salvajes privados de toda luz, así sabía que el pecado y la muerte, las enfermedades y las penas, existían en el mundo; jamás la habían tocado, jamás se habían aproximado á ella. Más confusamente aún, se daba cuenta del pecado y la maldad; jamás los había visto. ¿Qué sabe la flor de invernadero de las ajadas flores, que todo el mundo manosea en los setos? El cielo brillaba sobre ella; el amor entre todo lo más hermoso y refinado; ¿cómo podía deslizarse el mal en un Edén como el suyo?

Amada, acariciada, guardada como una preciosa joya ó una valiosa flor, creció hechicera, refinada é inteligente; no orgullosa todavía, aun cuando su rostro lo trascendiese. Instruída, capaz de ocupar un puesto en la sociedad, por elevado que fuese, Lady Clotilde era lo que la juzgaba el capitán Fraser: una perfección. Sobresalían en ella todos los instintos de su raza; hubiese preferido mil muertes al deshonor; todo género de torturas á la afrenta; cualquier pena á la mentira. Era el ideal de más noble y pura dama. Y esta joven amaba, y había dado palabra de casamiento á Basilio Ulrico Vyner, lord Dynecourt, que había conquistado el corazón de una mujer, lo había destrozado, arrojando los fragmentos al aire, como hubiera podido hacer con los restos de una flor.

En aquella mañana de Mayo, lady Clotilde lucía un rico traje de muselina de Indias, adornado con cintas azules, que armonizaba perfectamente con su nacarado rostro y su blonda cabellera. Sus blancas manos estaban llenas de flores—las flores eran una pasión suya; jamás era más feliz que cuando estaba entre ellas.—

De pronto se coloreó el hechicero rostro. Se separó vivamente de la ventana; ni por todo lo del mundo hubiese querido que lord Dynecourt supiese que había estado esperándole. Entró en el salón, donde lady Voyse estaba ocupada escribiendo.

—Mamá,—dijo,—ahí está Basilio.

Lady Voyse la miró sonriendo. Acarició el rostro de su hija.

—Esas rosas se colorean á su honor. Se pondría muy orgulloso si viese ese sonrojo, Clotilde.

La joven miró á su madre con una expresión pensativa.

—¿Cree usted, mamá,—dijo,—que me ama tanto?

—¿Cómo podría remediarlo, querida mía? Naturalmente que te ama mucho.

—A veces lo creo orgulloso, frío y reservado. Me habla, pero parece que está pensando en otra cosa. Lady Voyse se echó á reír.

—Esa es una de tantas fantasías de los enamorados,—dijo.—Rood Dynecourt posee unas maneras majestuosas y altivas que me gustan. Creo su manera de hacer el amor enteramente caballerosa.

La joven aproximó su hechicero rostro al de su madre.

—Usted sabe más que yo,—dijo.—Si á usted le parece bien, mamá, á mí también.

Lady Voyse no tuvo tiempo de contestar, pues lord Dynecourt y el capitán Fraser fueron anunciados, y entraron juntos.

Si lord Dynecourt hubiese comprendido la belleza, la grandeza del amor que se le profesaba; si hubiese visto con ojos de enamorado aquella adorable faz, hubiese sido un hombre más juicioso y prudente. Pero permaneció en la mayor indiferencia; no se percató de la luz de aquellos francos, altivos ojos, que se inclinaban ante el temor de que él notase la felicidad que hallaba en sus adentros.

Lord Dynecourt dirigió unas cuantas palabras á lady Voyse, y luego fué á sentarse al lado de lady Clotilde.

El joven capitán les miraba con ansiosos ojos; hubiese dado un mundo por ocupar el puesto de su amigo. Su amor valía mil veces más que el de un hombre como lord Dynecourt; pero no había esperanza para él. Era segundón—un capitán de la guardia—y lleno de deudas. La heredera de lord Voyse no se había criado para él.

La conversación entre los dos prometidos no era de lo más animado. Lady Voyse había tomado al galante capitán por su cuenta, y le interrogaba copiosamente acerca de la última revista. Lady Clotilde miró una ó dos veces tímidamente hacia la galería enajada de flores y se extrañaba de que su prometido no la pidiese ir á ver aquello.

—Hace una preciosa mañana,—dijo lord Dynecourt, por fin.—¿Supongo que saldrá?

—Sí; saldré á dar un paseo á caballo.

La joven medio pensó que él se brindaría á acompañarla; pero su prometido no aludió á semejante cosa.

—¿Cuánto te gustan las flores, Clotilde!—dijo él de pronto, viendo que los blancos dedos acariciaban las planas.

Ella le miró.

—No puedes figurarte la loca pasión que tengo por ellas, Basilio,—replicó.

—Me siento medio inclinado á tener celos de ellas,—observó milord lánguidamente.

Una hechicera sonrisa se dibujó en los labios de lady Clotilde.

—No,—dijo,—serían sin fundamento; no amo á la flor más bella la mitad de lo que te amo á tí.

—¿Es cierto eso, "Silvia?"—preguntó lord Dynecourt.

Después su rostro enrojeció al comprender la terrible imprudencia que había cometido. ¿Qué diablos le habían inducido á pronunciar aquel nombre?

Clotilde levantó los ojos vivamente.

—¿Silvia!—repetió.—¿Qué nombre más lindo! Pero ¿por qué me has llamado Silvia?

—¿Te he llamado Silvia?—exclamó él, todavía confuso.—Dispénsame... no me he dado cuenta.

—Pero por qué estaba ese nombre en tu imaginación, Basilio? ¿Conoces á alguna Silvia?

—No,—replicó él lentamente, como tratando de recordar;—no estoy seguro de ello. Silvia... no; pero ahora recuerdo por qué me ha venido á la memoria.

—¿Quieres decirme?—preguntó ella quieta-mente.

—Ya lo creo! Anoche leí una novela. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí!... "Los amantes de Silvia." Me interesó mucho.

—¿Quieres enviármela?—dijo la joven.—Me gustará leerla.

—Hoy mismo la tendrás.

Clotilde sonrió plenamente satisfecha. Cuando su prometido se levantó para marcharse, le tendió su blanca mano, diciendo:

—Te gusta más el nombre de Clotilde que el de Silvia, ¿verdad, Basilio?

—Cien veces más,—contestó él.

CAPITULO VIII

—Me he de casar,—dijo lord Dynecourt al capitán Fraser,—y cuanto más pronto mejor.

El capitán clavó los ojos en el hermoso, indiferente y fatigado rostro.

—Toma usted las cosas con mucha frescura,—dijo.—Yo estaría medio loco si tuviese ante mis ojos semejante perspectiva.

—No soy muy impresionable... Y me alegro de poder decir que se necesita mucha cosa para volverme á mí medio loco.

—Bueno, es necesario que yo diga una cosa, Basilio... oféndase usted ó no, me tiene su cuidado; yo no estaría tan indiferente, tan hastiado, tan aburrido de todo, aun cuando para ello me diesen su fortuna y su título.

Lord Dynecourt se echó á reír.

—No me ofendo en lo más mínimo,—dijo;—puede usted creerme. Al contrario, creo que me ha dicho usted un cumplimento. En retorno, puedo decirle que lo deseo toda clase de goce en su felicidad por transportarse. Yo creo que un hombre ha alcanzado el ideal de su existencia cuando no se deja afectar ni por penas ni por alegrías... cuando, en suma, ha dejado de existir.

—Pero usted no ha sido así siempre, Basilio. Recuerdo el tiempo en que se excitaba usted de cualquier frustración, y se irritaba sin fundamento, como la generalidad de los hombres.

—En aquellos días no era yo un corredor de loto, Enrique; y hoy soy de lo más ocioso.

El capitán arrancó dos ó tres bocanadas furiosas á su cigarro.

—Pues como iba diciendo, Enrique, ello ha de ser. Aquí en confianza, le declaro á usted que todo el asunto en sí es una terrible molestia; pero cómo ha de ser, cuanto más pronto acabamos, más pronto quedará tranquilo.

—Así parece,—dijo el capitán secamente.

—Yo no podría sobrevivir á una boda en el campo,—continuó milord.—Quizás el recuerdo de campos, arbolados y flores me sea amargo. No podría resistirlo. Campesinos, niños ofreciendo flores, las campanas de la ermita al vuelo. No tengo fuerzas ni paciencia para semejante cosa.

—Que es lo principal,—observó su amigo.

—Hay algo de brillante y vivo en una boda celebrada en Londres: lo más á propósito para terminar dignamente la "season." ¿Quiere usted ser el padrino, Enrique?

—¿No tiene usted parientes... persona más aproximada á quien hacer padrino?

—No... no tengo nadie á quien complacer sino á mí mismo,—replicó lord Dyncourt.—Hoy pienso pasar por Stanfield House y señalar la boda para mediados de Junio. Pase usted conmigo todo el tiempo que pueda, Enrique, hasta que llegue el memorable día. Hace días que ando muy aburrido.

Y lo hizo tal como lo dijo. Fué aquella misma mañana á Stanfield House y preguntó lady Clotilde. Le habló con precipitación; sus labios estaban ardientes y secos. Durante la entrevista, causó no pequeño asombro en su prometida, al ponerse pálido y pedir un vaso de agua. Seguramente el remordimiento no actuaba jamás en aquel hombre violento, antojadizo y escéptico; ó la memoria le había llevado á la modesta casita de Rosebank, y entrevió la dulce faz que no debía volver á sonreír.

Clotilde miróle tímidamente, lleno de rubor el rostro.

—Basilio,—dijo gentilmente,—¿prefieres casarte en Londres? En nuestra posesión existe un lugarejo con una antigua iglesia, y una boda en la finca sería un acontecimiento para los colonos.

—Pero para mí no lo sería, querida. Prefiero la ciudad.

Era la primera vez, durante su cortejo, que usaba con ella aquel cariñoso adjetivo. Ella le miró con los ojos llenos de felices lágrimas.

—Trataré de hacerte muy feliz, Basilio,—dijo Clotilde.—Estudiaré todos tus gustos y disgustos, y me anticiparé á tus deseos.

Hablaba tan sinceramente, tan fervientemente y semejantes demostraciones eran raras en ella,—que la contestación cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

—Fres muy buena, Clotilde; creo que nos entenderemos.

Los ojos de la joven le miraron interrogadoramente. ¿Es que únicamente era reservado en sus maneras, y quizás no la amaba?

El vió la mirada, y su sentimiento le impresionó; tomó una de sus manos.

—Hay muchas clases de hombres en el mundo, Clotilde,—le dijo.—Algunos dicen más de lo que piensan, y otros piensan más de lo que dicen. Yo soy de los últimos. No poseo el arte de expresar mis sentimientos elocuentemente, pero no debes dudar jamás de mis sentimientos.

—Lo recordaré,—dijo gentilmente, pero un tanto intrigada.

—¿Qué es Clotilde?—preguntó él.—Veo una pregunta en tu rostro.

—Estaba pensando en lo que has dicho,—replicó ella.—Basilio, ¿es que no todos los hombres dicen la verdad?

Su inocencia, su pureza, su sinceridad le hirieron como hubiera podido hacerlo una espada. ¿Cuán poco sabía de este mundo, donde la verdad se tiene en tan poco, y el honor aun menos! ¿Acaso no dicen la verdad todos los hombres? ¿Qué la diría, teniendo una blanca mano entre las suyas y hablándola del tiempo en que sería su mujer?

Todos las cosas vinieron por sus trámites. Lord y lady Voyse, que aprobaban cordialmente la elección de su hija, convinieron en el acto con lord Dyncourt sobre la fecha de la boda. Corrían á lord Dyncourt desde su niñez; le conocían como un par del reino, como un digno aristócrata, un riquísimo propietario, un hombre que, á querer, tenía abierta una brillante carrera política; un hombre que llevaba un apellido tan antiguo como el primero. Jamás habían oído nada contra él; en realidad, todo lo que de él podían decir sus peores enemigos, era el ser "un poco inconstante;" y este calificativo se toma según la disposición de ánimo de cada cual.

Todo quedó convenido y arreglado. Chiltern Royal se puso en restauración: decoradores, lampistas, jardineros, obreros de toda clase estaban ocupados allí. Las jovas de la futura lady Dyncourt estaban encargadas á los célebres diamantistas Horton hermanos. Madama Celeste mostraba el "trousseau," á un grupo de admiradores espectadores; los carruajes y caballos se exhibían en casa de Falcom. Jamás había habido semejante excitación acerca de una boda desde hacía muchas "seasons."

Amaneció, por último, el dichoso día, 12 de Junio, y jamás se vió más solemne ceremonia, ni aun en la parroquia de St. George, en Hanover Square. La flor y nata de la buena sociedad londinense acudió allí. Un gran duque y una princesa real honraron la ceremonia con su presencia.

Los periódicos publicaron una larga lista de magníficos presentes, una larga lista de invitados, una detallada descripción del soberbio banquete servido en Stanfield House; pero no hablaron del incidente más conmovedor de la ceremonia. Tuvo lugar cuando el coche de camino esperaba á la puerta y lady Clotilde estaba cambiando de traje.

Lady Voyse llamó aparte al novio.

—Basilio,—dijo,—espero haber ganado un hijo, no perdido una hija.

El dió una amable respuesta pero lady Voyse pareció no quedar plenamente satisfecha.

—Te he dado hoy,—dijo,—el mayor tesoro que poseía en la tierra... fortuna y posesiones

no significan nada á su lado. ¡Oh! Basilio, ¿serás bueno para ella? Jamás ha oído una palabra dura ó indiferente; siempre ha sido tiernamente amada y acariciada. ¿La tratarás con todo el cariño posible?

Las lágrimas de la madre le afectaron como nada lo hubiera hecho.

—Seré bueno para ella,—dijo.—Puede usted tener plena confianza en mí.

Después, entre un coro de felicitaciones, congratulaciones y bendiciones, partieron para comenzar la nueva vida que á Clotilde, lady Dyncourt, parecíale el anuncio de un cielo.

La traición quedaba consumada, y, sin embargo, no cayó el cielo; el sol brillaba y se erguían las flores, como si el menor destello de falsedad existiese sobre la tierra.

FIN DEL PROLOGO.

A TRAVES DEL MUNDO.

CAPITULO PRIMERO

Han transcurrido algunos años después que Silvia Rymer dió su adiós á Inglaterra y á su hijo. Rara vez el tiempo ha producido tales maravillas ó producido semejantes cambios como en ella. Había salido de casa bella y graciosa, es cierto; dotada con cierta clase de tacto que equivalía á una sólida instrucción; convirtiéndose en una de las mujeres más elegantes y distinguidas que puedan darse.

¿Qué cosa más elevada que el amor? ¿y qué amor más grande que el de una madre por su hijo? Si el pequeño Cirilo hubiese muerto, la vida de Silvia no hubiera tenido objeto; la hubiese tenido indiferente la manera de pasarla. Pero como vivía, toda su mente y toda la fuerza de su alma se dedicaron á un objeto: hacerse una digna compañera de su hijo. Cirilo sería un caballero, aquel hermoso y noble hijo suyo, y ella no debía avergonzarse. Por él dejaba el lecho cuando los otros dormían. Estudiaba infatigablemente; leía, pensaba y comparaba. Por él se apropiaba todos los conocimientos que podía adquirir; por él buscaba la conversación de las personas graves é instruidas; por él cursó desde los primeros rudimentos de la educación, leyó textos escogidos, y dedicó todos sus momentos á instruirse. Tenía grandes facilidades. Mrs. Greville, la dama que la había admitido como compañera, no pensaba más que en divertirse. Se levantaba muy tarde, y Silvia, que madrugaba, se encontró con que tenía casi medio día á su disposición.

El resultado de aquella constante y laboriosa aplicación fué casi maravilloso. Cuando lord Dyncourt la conoció, era una adorable, sencilla y graciosa joven; algo semejante á una florcilla silvestre, trasplantada del bosque, ignorante, pura de corazón y de alma, pero sin cultivo; ahora era una de las mujeres más refinadas y graciosas. En su rostro resplandecía su hermosa alma. Ha-

bia elegancia y gracia en sus palabras; una dulce sutil fantasía parecía dictar sus pensamientos. Había contados asuntos sobre los cuales no pudiera discutir con desembarazo y fluidez. Poseía un método de expresar sus pensamientos, á la vez tan sencillo y tan gracioso, que el hombre más instruido se deleitaba oyéndola. Hablaba el francés y el italiano con facilidad y podía leer el alemán; conocía más que medianamente la literatura moderna. No había cuadro de algún mérito cuya historia no conociese. Siempre había sido hermosa; pero se habían hecho más distintos los hechizos de su rostro; ya no se componían tan sólo de forma y color. La espiritual, clara expresión, era quizás ahora su mayor encanto.

En suma, una mujer más bella, graciosa y distinguida que Silvia Rymer en este período de su vida, hubiera sido difícil encontrarla.

Mrs. Greville veía el cambio con sincero deleite. Era demasiado generosa, de demasiado corazón, para temer una rivalidad. Nada le complacía tanto como oír las alabanzas tributadas á su bella compañera.

Una cosa, sin embargo, la tenía intrigada. ¿Por qué rehusaba, invariablemente, todas las ofertas de matrimonio? Se le habían hecho varias, algunas ventajosísimas, entre otras la de un caballero florentino cuya fortuna y posición eran indiscutibles; pero Silvia rehusaba con quieta dignidad que asombraba á la brillante viuda.

—¿De modo que ha calabaceado usted también á monsieur De Launc?—le dijo un día.—¿Sabe usted que heredará algún día el título y la fortuna de su padre?

Silvia sonrió.

—Sí; no era posible otra cosa, pues no ha cesado usted de decírmelo desde el primer día que entró en casa.

—Por su bien, Silvia. ¿Por qué lo ha rechazado usted?

—Por una razón tan sencilla que se reirá usted en cuanto se la diga... porque no le amo.

—¿Amar!—dijo Mrs. Greville con acento del más profundo desprecio.—¿No creí que usted pensaba seriamente en semejante tontería!

Tocóle á Silvia su turno de admirarse.

—¿Qué usted no?—preguntó.

—No,—fué la franca respuesta,—decididamente no. ¿Qué fuera de mí á soñar siquiera en semejante cosa?

—¿No es cosa esencial para la vida?—preguntó Silvia.

—No; ó, de otro modo, ¿dónde estaría yo? Me he pasado perfectamente sin eso. No he amado á nadie, excepción hecha de mí misma.

—No puedo creerlo,—observó Silvia, vacilando.

—Pues le aseguro á usted que es cierto. Tengo simpatías por muchas personas. Cuanto posible, sin grandes molestias para mí, ayudo al que me necesita. Naturalmente, aprecio á unas personas más que á otras; pero como tener amor... jamás lo he sentido, ni jamás prestaré oídos á semejante papatrucha.

—¿Pero,—dijo Silvia, un tanto desconcertada,—su marido?... ¿qué, entonces?...

—Sentía por él el más profundo respeto,—re-